

Revista de Historia

Director: D. V. DARIAS Y PADRÓN

Propietario: J. PERAZA DE AYALA Y VALLABRIGA

La Laguna de Tenerife (Islas Canarias)

Estudios históricos.

La Isla de San Borondón

La Isla de San Borondón y el descubrimiento de América.

(Conclusión)

La mansión de los Bienaventurados cantada por Homero, las islas Afortunadas en donde una alfombra de flores de oro arrojada en las olas, según Pindaro, adornaba su acceso, aquellas dos islas deliciosas, dotadas de una eterna primavera por Plutarco, no cesaban de torturar las imaginaciones después que Sertorio, refugiado en España con sus partidarios, había tenido conocimiento de ellas (12).

De las islas descritas por Juba nadie hizo mérito: lo maravilloso se imponía desde el origen. Un mundo encantado surgió en las tradiciones medioevales: un autor latino del siglo III, Solino, (13) que estuvo por muchos siglos en boga, no fué extraño a este nuevo ideal. Pero, sobre todo, fué una odisea cristiana la que propagó tan sorprendentes concepciones: El paraíso de los Pájaros, la isla de los Anacoretas, la isla movediza que era una ballena, pertenecían a la geografía mística

(12) Todos los pasajes de los escritores griegos, latinos y árabes referentes a las islas Canarias, han sido reproducidos por Joaquín José de Costa de Macedo, en su obra titulada: "Memoria em que se pertende provar que os arabes nao conhecerao as Canarias antes dos Portuguezes". Lisboa, 1844, in-4.º. Un extracto de ella ha sido hecho por Charles Raymond Beazley. "The Chronicle of the discovery and conquest of Guinea, written by Gomes Eannes de Azurara—London, 1899. in-8.º, t. II, p. LXXII (Hakluyt Society).

(13) La "Polyhistoria", de Solino, fué impresa muchísimas veces desde el siglo XV. En Parma, 1480; Venecia, 1481, etc. (Segundo de Izpizúa, Historia de la Geografía y de la Cosmografía, Madrid, 1922, in-4.º, t. I, p. 214.)

de la leyenda de San Blandrán (14) monje irlandés del siglo VI; en la tierra de promisión de los santos, tres coros de niños, adolescentes y ancianos, alternaban continuamente entonando versículos de los cánticos, en alabanza al Señor de las alturas.

La leyenda de San Blandán, referida desde el año 1047 por Raúl Glaber, tiene parentesco con los cuentos árabes de Sindbad el Marino, y proviene de Oriente (15). Tuvo algunas variantes, como la historia de un cierto Amaro, en busca del Paraíso terrestre que al fin encontró tras enormes dificultades, después de atravesar una mar helada y el mar Rojo. Las leyendas árabes conservaron a las islas del mar tenebroso su carácter eliseo. El cuerpo de Salomón reposaba en ellas "dentro de un castillo maravilloso", mientras que la isla de las Gorgonas antiguas eran "las islas de las Diablas", **Es-Sa'ali**. De **Sara**, cercana a la isla de las Diablas, había sido arrojado a pedradas Alejandro el Grande, **Zoul Carnain**, "el hombre de los dos cuernos", a pesar de los beneficios que hiciera, etc.

Los descubrimientos geográficos se van sucediendo, la leyenda se transforma, pero en el fondo continúa el misterio de lo ignoto. San Blandán, Antilia, la isla de las siete Ciudades, es una misma cosa. En la carta geográfica de Cristóbal Colón, existente en la Biblioteca Nacional de París (1488-1493), aparece a gran distancia de Irlanda una isla con la siguiente inscripción: "He aquí la isla de las Siete Ciudades, colonia todavía poblada de portugueses; al decir de grumetes españoles se encuentra allí, según afirman, la plata entre las arenas." (*Hec Septem Civitatum insula vocatur nunc Portugallensium colonia efecta, ut Gromite citantur Hispanorum, in qua reperiri inter arenas argentur perhibetur.*)

En el mapa se sustituyó la plata por el oro, que era el metal de que hablaba la leyenda. La forma tripartita de la isla, su posición alejada de Irlanda, el descubrimiento de un metal precioso, todos esos detalles responden a los testimonios recogidos por Cristóbal Colón, y consignados

Véanse:

(14) "La legende latine de S. Brandaines", publicada por Achille Jubinal, París, 1836, in-8°.—Locher, "Narratio profectionis numquam satis laudate navis a San Brandano, vernaculo ritmo nuper fabricata, per Jacobum, philo-musum, suevum, in latium traducta.—Vedita Basileae cum figuris anno 1494.—A Sebastiano Brau, seutitio Argentinensi.—Armand D'Avezac, "Les lles fantastiques de l'Océan Occidental au moyen age", París, -845, in-8°.—"Legendary Islands of the Atlantic: a Study in Medioeval Geography", by William H. Babcock, New York, 1922. (American Geographical Society: Rescared Series, número 8.)

(15) J. de Goeje, "La légende de saint Brandan", sacada de las "Actes du 8.º Congrès international des Orientalistes", celebrado en 1899 en Estocolmo y en Cristianía. Leyden, 1890, in-8°.—Paul Casanova, "Notes sur les voyages de Sindbad le Marin", Cairo, 1922, in-4.º, p. 25 (extracto del "Bulletin de l'Institut français d'Archeologie orientale, t. XX).—"A Vida de Sancto Amaro", texto portugués del siglo XIV, publicado por Otto Klob, en la "Romania", 1901, p. 504.

por él en una memoria de la cual su hijo Fernando nos ha dejado un extracto (16). La isla de las Siete Ciudades fué bautizada más tarde con el nombre de Terra-Nova por los portugueses, pero aun, en 1513, un Ptolomeo que contiene una carta consagrada a los descubrimientos de Cristóbal Colón, figura a lo lejos de Irlanda, la isla de referencia, pero con los contornos imprecisos (17). Era la leyenda medioeval que aún pesaba en la imaginación de los marinos.

Colón sabía de un habitante de la Madera que un grupo de tres islas había sido vislumbrado muy lejos al oeste (nuestra San Borondón), y dos marinos del Puerto de Santa María y Palos habían corrido tras ellas, hasta la altura de Irlanda. La isla misteriosa de las Siete Ciudades había sido poblada de portugueses fugitivos que se habían refugiado en ella con sus siete obispos a raíz de la invasión de su país por lo árabes en 711. Colón aseguraba en sus Memorias que un navío impulsado por la tempestad había aportado allí en tiempos de Enrique el Navegante; conducidos los marinos a la iglesia, se escaparon y embarcaron, pero los grumetes, limpiando los útiles de cocina con la arena de la playa, tuvieron tiempo de reconocer que estaba formada en sus dos tercios del oro más fino.

La sorprendente aventura entró muy pronto a formar parte del saber popular, y se consignó en las cartas de navegación. Hasta se fijaba la fecha; según unos en 1447, según otros en 1411 (18). Un flamenco establecido en las Azores, llamado Fernand van Olm, asociado a un habitante de Fayal y a un cosmógrafo alemán, seguramente Martín Behaim, casado en aquellas islas, obtuvieron del rey de Portugal, en 3 de marzo de 1483, y después nuevamente, el 24 de julio de 1486, la concesión "de una gran Isla, de las islas o Tierra Firme de la otra parte de las costas y que se presumía ser la Isla de las Siete Ciudades (19). Tan

(16) Fernando Colombo: "Historia del S. D. Fernando Colombo, nelle quali s'ha particolare e vera relatione della vita e defatti di Christoforo Colombo, suo padre." Venecia, 1517, in-8.º.

(17) Fué el donado a Urbano, y contenía la siguiente inscripción: "Ista insula Antilia aliquando a Lusitanis est inventa, sed modo quando quaeritur, non invenitur. Quae tempore Regis Roderici, qui ultimus Hispaniarum, tempore Gothofugisse credatur. Habent hinc unum Archiepiscopum cum sex aliis Episcopis, et quilibet illorum suam habet propriam Civitatem, quare a multis *Insula septem Civitatum dicitur*. Hic populus christianissime vivit, omnibus divitiis saeculi huius plenus."

(18) En la primera de las fechas, el descubrimiento habría sido hecho por un navío portugués.—(Antonio Galvao, "Tratado dos descobrimentos", Lisboa, 1731, in-fol., p. 24.). En la segunda, lo sería por un buque español (globo de Martín Behaim, 1492).

(19) "Alguns documentos do Archivo nacional da Torre de Tombo", p. 58, 61.—Bernardino José de Senna Freitas, "Memoria histórica sobre o intentado descobrimento de uma supposta ilha ao norte da Terceira", Lisboa, 1845, in-8.º.

arraigada estaba esa creencia, que dicha tierra formaba parte de las rentas asignadas a la infanta viuda Beatriz de Portugal (20).

Las tentativas de "Fernand van Olm" hicieron una impresión muy grande en el ánimo de Cristóbal Colón, nos dice su hijo. El insigne marino "estaba convencido de que entre España y los límites de la India debían encontrarse islas", (21) pero aún faltaba una confirmación plena que disipara toda duda, y esta la obtuvo cuando arribó a la isla de la Gomera, en viaje hacia lo desconocido. Oigamos el testimonio del famoso nauta consignado con fecha de 9 de agosto de 1492 en su Diario de a bordo: "...Hidalgos españoles muy honorables llegados de la isla del Hierro a la Gomera con doña Inés Peraza, madre del conde de la Gomera, aseguran que, todos los años, **ven una tierra al oeste de las Canarias**. Esto mismo lo confirman los naturales de la Gomera..." (22).

Esta isla no era sino San Borondón, un mito, un sueño, pero ese sueño nos dió un mundo; pequeñas causas dan fundamento a cosas memorables, y la imaginación de Colón, exaltada con los relatos fabulosos de una tierra legendaria repleta de oro, empeñó su espíritu en la hazaña más ingente que se conoce; y fué la isla misteriosa, ideal, cubierta con los cendales de la fantasía, reflejo de otra real y humilde, la Palma, la que señaló al atrevido navegante, ya lleno de fe, la ruta que habría de seguir para encontrar nuevas tierras y nuevos hombres.

B. BONNET.



(20) Esta concesión se efectuó el 12 de enero de 1473 (Christiano José de Senna Barcellos, "Subsidios para a historia de Cabo Verde e Guiné", en la "Historia e memorias da Academia real das Sciencias da Lisboa", Nova Serie, 2.ª classe, t. VIII (1900). P. II, p. 35.)

(21) "Soixante ans de travaux consacrés a Colomb avaient amené a cette conclusion: l'exploration avait seulement pour bout la recherche *d'iles inconnues en plein Océan*." Henry Vignaud, "Etudes critiques sur la vie de Colomb avant ses decouvertes", Paris, 1905, in-8.º El nombre de pequeñas y grandes Antillas es un recuerdo imperecedero y evocador de la isla misteriosa que estudiamos.

(22) "The Journal of Christopher Columbus" (during his first Voyage, 1492-1493), translated with notes by Clements R. Markham, London, Hakluyt Society, 1893, in-8.º, p. 20.